

Identidad Mapuce

Identidad étnica, Nación y Estado, se abordan en primera persona para analizar y describir la complejidad de relaciones de poder que ocultan o desconocen los derechos de los pueblos originarios.

En este mundo globalizado, hay quienes afirman que vamos a una uniformidad cultural y las identidades nacionales de los países van a peligrar y junto a ello las soberanías nacionales. ¿Qué puede haber de real en el fantasma de “una sola cultura universal”, donde las diversidades culturales deberán desaparecer irremediabilmente?

Sin embargo, en otro extremo del análisis hay otra teoría de moda que dice que el mundo está dividido por grietas culturales y religiosas que avanza decididamente e inevitablemente a un choque de civilizaciones.

La realidad es que la enorme diversidad de pueblos, culturas, cosmovisiones avanzan y coexisten, se entrecruzan y entrelazan en medio de estos dilemas y disputas mundiales. Y Neuquén o la “*región mapuce*” no puede ser menos. Soportando embestidas de tendencias

discriminadoras y racistas, que se han exacerbado en este último tiempo, y la indiferencia de la política pública que nos deja librados a nuestra suerte, en esto de mantener y proyectar nuestra identidad y cultura, el pueblo nación *mapuce* aquí está y ocupa su lugar.

Claro que este conflicto no es nuevo, porque el conflicto cultural nace con la misma idea de país a construir que poco más de un siglo y medio atrás se planteó la elite gobernante, luego del intento de exterminio que quiso concretar en territorio *mapuce*. Desde el preciso momento de las etapas independentistas, a través del concepto de “crisol de razas” surgió la necesidad de conformar una “identidad nacional” que a la vez fuera aceptada por las “naciones civilizadas” de la vieja Europa. Junto con ello, la necesidad de correr toda presencia indígena en ese armado de una



**CONFEDERACIÓN MAPUCE
DE NEUQUÉN**



Xawvntko





identidad blanca y europea. La “argentinidad al palo” se concretaba excluyendo a las naciones indígenas, pero también a negros, judíos, chinos y demás inmigrantes.

Esa idea de “identidad nacional” nunca se logró conformar o al menos, dos siglos después, no se logra concluir.

Durante décadas, la teoría de los medios indigenistas en Argentina, sostenían la idea de que la raíz del “atraso” de los pueblos indígenas (el “problema indígena”) se encuentra en la característica de su cultura, anquilosada, atada a una nostalgia cultural, resentida, que se opone a la modernización. Y la idea que predominó fue la de integrar, incorporar, asimilar. Esos principios conducían la política pública, la nueva legislación posterior a la dictadura, y también el accionar de la escuela

o las prédicas religiosas o misioneras. Las corrientes antropológicas y sociales animaban y formaban para eso; Había que dejar de discriminar a las culturas indígenas e incorporar a los “indios a la nacionalidad”.

Ya no se sostenía que los “indios” eran biológicamente o mentalmente inferiores, o que tenían costumbres o prácticas salvajes o bárbaras, sino que entraban en contradicción con las bondades de la civilización. Habíamos estado casi un siglo fuera del proyecto de nación y ahora en el siglo veinte se reconocía que las culturas tradicionales eran un obstáculo al desarrollo y era necesario modificar para incorporarnos al progreso y modernidad. Se volvió a practicar, de hecho, otra forma de discriminación al proponer que la única manera para los indígenas de “progresar” era

mediante su aculturación, es decir dejando de lado sus identidades propias.

Eso hizo que los *mapuce* nunca nos identificáramos con ese modelo de nación y sus simbologías. Y fundamentalmente, en la década del noventa, elaboramos discursos alternativos en nuestras luchas sociales y políticas demandando el reconocimiento de Argentina como Estado Plurinacional, es decir un espacio que contiene la enorme diversidad de casi cuarenta naciones preexistentes al moderno estado federal. Esta enorme movilización logró los cambios que necesitábamos en la reforma constitucional del año '94.

El objetivo entonces de una desaparición progresiva de la cultura indígena a través de un proceso de aculturación donde la diver-

sidad cultural se fundiría en un sincretismo nacional, ha fracasado. No solo eso, sino que se va comprendiendo la enorme contribución que la cultura *mapuce* puede hacer a la sociedad y cultura regional. Esto es así, por un lado, por la heroica resistencia de nuestros mayores a un siglo del intento de exterminio cultural e ideológico, demostrando un anhelo de sobrevivencia y proyección que las nuevas generaciones asumimos como legado. En segundo lugar, el papel fundamental de la *Confederación Mapuce de Neuquén* que sobre todo desde la década del 90 consolidó la presencia de *pu Lof* (comunidades) e incluso la reconstitución de nuevas comunidades y organizaciones urbanas. Por último, la democratización de la sociedad neuquina que se basó en la defensa de los derechos humanos y donde el pueblo nación *mapuce* encontró contención y solidaridad.

Esto llevó a una clara evolución de la demanda y propuestas del pueblo *mapuce* que la sociedad neuquina ha ido acompañando. Desde demandas socio económicas y de asistencialismo estatal, como respuesta a la pobreza impuesta por un régimen de despojo territorial, hemos avanzado a demandas basadas en el derecho a la autonomía y el control territorial. Es decir, no es posible proyectarnos con identidad si no logramos las políticas de reparación territorial y la recuperación y vigencia de nuestras instituciones políticas, educativas, productivas, jurídicas, etc.

La demanda y anhelo de avanzar hacia una Estado Plurinacional, garantiza nuestra identidad y proyección y es lo que nos moviliza.

La lucha por la identidad *mapuce* entonces, tiene ese horizonte marcado. Un horizonte aun incomprendido por un sistema político atado a viejos dogmas, doctrinas, plataformas o agendas donde la plurinacionalidad aún no está incorporada. La democracia representativa, la participación política institucional, la igualdad ante la ley, el debido proceso, el respeto de lenguas, culturas, religiones y tradiciones, son conceptos que se vacían cada vez más, dejando en claro que no lo crearon para nosotros. Sigue prevaleciendo la imagen de lo *mapuce* ligado a lo rural y campesino. Y es aún incomprendida nuestra condición de pueblo oprimido y culturalmente diferenciado, es decir hay una negación a ver nuestra condición de pueblo nación preexistente al Estado que llegó a nuestras tierras con su carga de muerte solo hace 130 años.

Eso hace, que aun los movimientos progresistas, como lo fue el último gobierno de base "nacional y popular", adoptaran ese enfoque sesgado de la "cuestión *mapuce*" y no comprendieran porqué se marcó una distancia ante una política que no reflejaba nuestra demanda. Ni hablar de los partidos de izquierda que han promovido una postura clasista clásica frente a los conflictos sociales, que niega historia e identidad a nuestra lucha. El debate sobre etnia o clase, que se escucha también en las aulas académicas, tiene implicancia para el futuro que estamos construyendo. Si se considera al *mapuce* como una porción del campesinado explotado, la solución a nuestros problemas lo encontramos en luchas y organizaciones clasistas: sindicato, partidos

clasistas, reformas agrarias. Pero si nuestra lucha está basada en nuestra historia e identidad, la condición de clase es secundaria y se requieren respuestas de reparación territorial y de control político cultural de nuestras vidas colectivas. Las organizaciones *mapuce* hemos optado por esta segunda posición.

Ante un modelo vigente de Estado Federal que niega nuestra historia e identidad, que reprime e invisibiliza nuestra existencia, cuestionamos la idea dominante de este modelo hegemónico de nación y proponemos un nuevo concepto y modelo de Estado: basado en el respeto y la convivencia de la enorme diversidad de pueblos con identidad nacional y cultural propia. Debemos urgente salir de esta política de segregación semejante al *apartheid* y que impide que nuestra condición de Nación Originaria pueda proyectarse.

El Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo –ratificado hace 20 años por Argentina— así como la declaración sobre derechos indígenas que se aprobaron en el seno de la ONU y de la OEA, hablan de los derechos de los pueblos indígenas, incluyendo desde luego los derechos culturales. En el marco del actual Estado Federal, el Pueblo-Nación *Mapuce* ha venido defendiendo su propia identidad que se manifiesta ahora en todos los niveles de la vida pública y que los gobiernos no pueden ya ignorar. El respeto de los derechos culturales e identidad del pueblo *mapuce* es factor indispensable para el desarrollo democrático de un Estado que debe avanzar hacia una Argentina Plurinacional.●

